

MUESTRARIO DE CRISTIANOS



EL HONDERO



Su fuerza es su debilidad. Lo dice siempre. Es consciente de su parvedad, de su escasez. Pero es precisamente en su poquedad donde se luce la grandeza del Señor. Lo cree así. Si tuviera que elegir un personaje bíblico al que asemejarse, elegiría a David. Sin dudar. Pero no al David Rey o salmista. Al de sus años mozos. Al David pastor.

Es el episodio de la lucha de David contra Goliat (1 Sam 17) el que le parece el paradigma de su vida. Frente al gigante, el pastorcillo con sólo su honda. Ahí está el «quid», en la honda de David. Por eso también él se considera un hondero. En su vida cristiana ha ido teniendo problemas, complicaciones, incluso tentaciones. Todo lo ha vencido con la fuerza del Señor. Incluso ha conocido momentos brillantes, actuaciones atinadas. Pero él sólo ha manejado la honda. La fuerza y el tino son cosa del Señor. Lo dice muchas veces y lo cree siempre. La vida se encarga de las encrucijadas, de los muros que hay que saltar, de los gigantes que hay que derribar para seguir adelante. Para todo ello el hondero cuenta con su honda. Y con un par de piedras. El resto, que lo haga el Señor con la potencia de su brazo.

Otra cosa le complace al hondero. Coincidir con María en el aprecio de la fuerza que le atribuye al brazo del Señor. En el Magníficat (Lc 1,46-65) queda bien claro que la fuerza de María estaba también en su debilidad. Era también el Señor.